

ASÍ SE FORJÓ LA ANTROPOLOGÍA EN COLOMBIA: LA HISTORIA DE SECRETA DE TUMIÑÁ Y HERNÁNDEZ DE ALBA



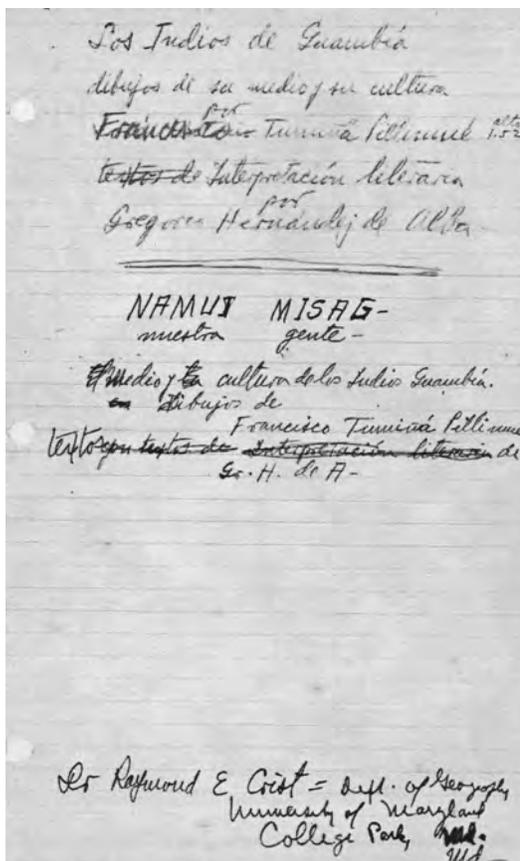
El indio y el doctor.

(Héctor Llanos Vargas y Oscar L. Romero Alfonso: *Memoria Recuperada*, ICAANH, Bogotá, 2016, pp. 163,164).

Cuando a finales de los años 60 y comienzos de los 70 del siglo pasado, los estudiantes y recién egresados de antropología denunciábamos el carácter colonialista de esta rama de las disciplinas sociales, además de aquellos que lo negaban de plano, había otros que en forma paternalista nos decían que eso había sido en otras épocas y en otras latitudes, que en Colombia no era así

Sin embargo, el Instituto Colombiano de Antropología e Historia publicó el año pasado un libro sobre los archivos del Instituto Etnológico del Cauca, que existió en Popayán desde 1946 hasta 1960 (Op. cit.) En él encontré varios documentos acerca de un tema que tenía presente desde que, en 1985, comencé a trabajar acerca de la recuperación de la historia en Guambía, y que me parece de crucial importancia, pues muestra que nuestra acusación de entonces no estaba desfasada y que no era en otros tiempos y en otros lugares que ese colonialismo se daba o se había dado, sino que ocurría también en esos momentos y entre nosotros.

Estos documentos desnudan el mecanismo mediante el cual uno de los antropólogos colombianos más famosos de esa época, uno de aquellos llamados “pioneros de la antropología en Colombia”, Gregorio Hernández de Alba, se apropia, literalmente, del trabajo de indio guambiano Francisco Tumiñá Pillimúé. En tales documentos, esta apropiación/desapropiación reluce con claridad meridiana. Bastaría con la simple carátula del libro para demostrarla (Lámina 47, documento 26. Portada del manuscrito original, op. cit.: 161, izquierda, que Llanos y Romero han transcrito como aparece a la derecha, op. cit.: 288):



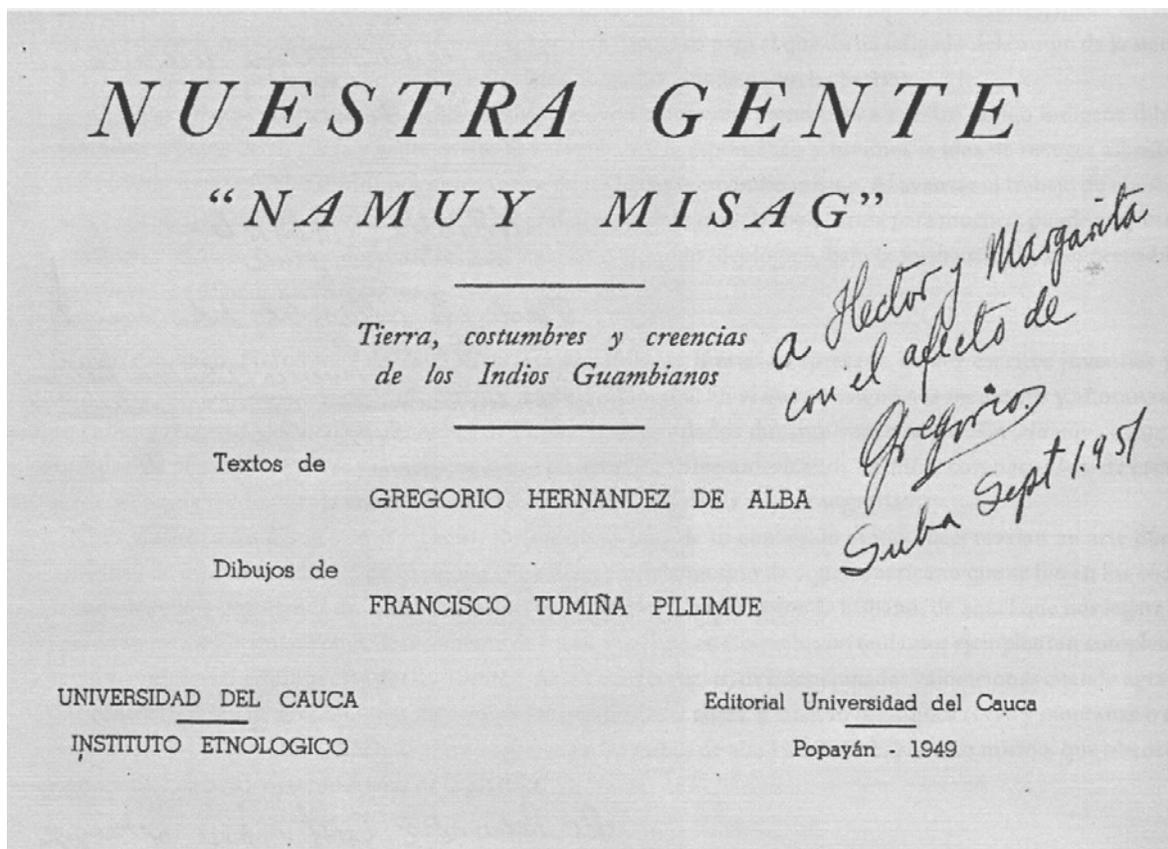
Los Indios de Guambía
 dibujos de su medio y su cultura
 por
 José Antonio Francisco Tumiñá Pillimúé
 textos de Interpretación literaria
 por
 Gregorio Hernández de Alba

NAMUI MISAG -
 nuestra gente -

El Medio y la cultura de los Indios Guambía.
 en Dibujos de
 Francisco Tumiñá Pillimúé
 textos con textos de Interpretación literaria de
 Gr. H. de A.

Dr. Raymond E. Crist = dpt. of Geography
 University of Maryland
 College Park, Ma.
 Md - ""

En la parte superior de la portada el guambiano aparece como autor del libro “Los Indios de Guambía” y, un poco más abajo, el antropólogo figura como intérprete literario. Finalmente, bajo la doble línea, el antropólogo aparece como autor del libro *Namuy Misag* –nuestra gente–, y el indio como quien hizo los dibujos, el ilustrador. Este documento muestra con nitidez el proceso mediante el cual el guambiano fue despojado de su creación. Los relatos que contiene el libro “*Nuestra Gente. Namuy Misag*” (Universidad del Cauca, Instituto Etnológico, Editorial Universidad del Cauca, Popayán, 1949) fueron hechos por Tumiñá, recordando de memoria los que su abuela le contaba, pero en el libro aparecieron atribuidos a Hernández de Alba, como puede verse en la carátula (Llanos y Romero, op. cit.:162).



Por supuesto, el castellano que hablaba y escribía Tumiñá, porque él escribió los textos en castellano, no era perfecto. Hernández de Alba hizo la corrección gramatical y ortográfica de esos textos. Y, con eso, se los apropió.

En la nota de pie de pagina 110, Llanos y Romero explican, refiriéndose a los borradores de la carátula de *Namuy Misak*: “Llama la atención que

Hernández de Alba reemplaza el nombre de José Antonio. No hay duda de que el autor de los dibujos es Francisco. Según parece y aunque suene extraño, Hernández de Alba, inicialmente en los documentos 15 de 1946 y 22 de 1948, habla del trabajo hecho en Guambía con el informante José Antonio, quien trabaja en la transcripción de leyendas y como autor de dibujos; posteriormente, en el manuscrito y la publicación del texto *Namuy Misag* cambia el nombre de José Antonio por el de Francisco” (Op. cit.: 288).

Ellos no pueden explicar tampoco el motivo de la anotación que aparece en la parte baja de la página y que menciona al geógrafo gringo Raymond E. Crist (Nota de pie de página 111, *ibid.*).

En junio de 1947, Hernández informa a Luis Duque Gómez, director del Instituto Etnológico Nacional, del cual dependía el de Popayán: “Se ha concretado en el momento el Instituto al estudio del pueblo o tribu Guambía. Para mejor hacerlo, se contrataron los servicios de un informante, José Antonio Tumiñá, joven indio, con quien el Profesor Rowe ha establecido un alfabeto práctico para escritura.... Y se prepara a la vez por el nombrado indio un libro de primeras lecturas de lengua Guambía” (Documento 15, en op. cit.: 372, subrayado mío).

En comunicación de julio 13 de 1948, Hernández dice a Luis Duque Gómez,: “El trabajo etnográfico e indigenista de Guambía continuó en el Instituto con el complemento de vocabulario, redacción de leyendas en transcripción al español y dibujos correspondientes, especialmente elaboradas las leyendas y dibujos por el informante José Antonio Tumiñá Pillimué” (Documento 22, en op. cit.: 378, subrayado mío).

No sería extraño que Hernández de Alba dudara del nombre de su informante, pese a haber trabajado con él durante varios años, así son las relaciones de los antropólogos con sus informantes. Pero sí es claro que Hernández reconoce que tanto dibujos como textos tienen como autor a Tumiñá.

La situación es tan obvia que el historiador Guido Barona dice en el texto introductorio al libro de documentos: “En estas memorias textuales se hace notoria la manipulación de Hernández de Alba en el libro, al despojar a Tumiñá de la autoría de los textos y solo reconocerle los dibujos. Este despojo inicial se encuentra refrendado en la parte final del borrador de esta

obra, que a la letra dice: ‘Hemos paseado a través de los dibujos de un indio, y ~~frases de un~~ por algo de la historia; por ~~mucho~~ algo de la traducción y por mucho de lo real en uno de los grupos indígenas que ~~hay~~ hasta hoy sobreviven en Colombia. // El autor de las notas, para ser fiel al mandamiento que un etnólogo debe siempre cumplir, quiso pensar en indio, quiso sentir en indio, quiso acercarse comprensivo a un pueblo que es parte de la patria.....’ // Instituto Etnológico // Popayán – Septbre 1.949. (Apéndice 4)”. (Barona: *Metamorfosis*, en Llanos y Romero, op. cit.: XLII y XLIII).

Y agrega: “Hernández de Alba también suprimió en la edición del libro el cometido de su actividad: [~~textos de~~] Interpretación literaria’, (Apéndice 4), para declararse como autor de los textos, de las palabras dichas en la edición de 1949” (Barona, op. cit.: XLIII).

Es claro que el antropólogo, que solo fue un simple corrector de estilo de los textos de Tumiñá, acabó por apropiarse de su autoría. “El etnólogo bogotano no era hablante de *nam trik* o *namui wam*... Entonces hay que suponer que Francisco Tumiñá Pillimué, hablante del castellano y del *nam trik*, fue quien hizo las narraciones en su lengua materna y a su vez las tradujo a la lengua de Gregorio Hernández.” (*ibid*).

A todo esto se refiere Hernández así: “Resta agregar que en los dibujos del indio y en los textos que me dictaran la tierra misma y el habitante de Guambía...” (Op. cit.: 165).

En 1949, el ICAN hizo en Bogotá una exposición de los dibujos de Tumiñá, organizada por Hernández de Alba, quien viajó a esa ciudad con Tumiñá, a quien presentaron solo como el autor de los dibujos que se expusieron en Galerías de Arte.

También se conserva en los archivos el recorte de prensa de una entrevista hecha a Tumiñá por el antropólogo payanés Henry Valencia (Op. cit.: 168), cuyo nombre había sido anteriormente Enrique Valencia (Henry confiere mucha más distinción y elegancia que Enrique; así como Saturnina Sánchez se transformó en Nina S. de Friedemann, por eso todo mundo cree que es alemana, francesa, inglesa; pero no... se trata de una colombiana, eso sí, con el pelo teñido de rubio). En ella, Henry Valencia pregunta a Tumiñá sobre su arte, y este le contesta: “Vos escribiste sobre mi exposición y no dijiste nada de esto. Cuando estábamos en el Instituto sabíamos cuál era la

orientación de estas cosas. Verdad que el arte de un pueblo indígena es documento necesarísimo para estudiar su vida, sus huellas y grado de evolución” (Doc. 44, op. cit.: 166).

DÓMINGO 22 DE ENERO DE 1950 SUPLENTE

EL PRIMER REPORTAJE CON TUMIÑA

El Indio-Pintor, su Arte y su Raza

“Primero está el hombre”. “Los indios también sentimos y amamos muchas cosas”. “Hay un sentimentalismo barato de falsos nacionalistas”.

Por HENRY VALENCIA Especial Para EL TIEMPO

USTÉDES conocen a Francisco Tumiá. Muchos no. ¿verdad? Pues bien Tumiá fue muy conocido en Bogotá hace poco tiempo. Presentaba 30 dibujos que él mismo llama *Nuestro Arte* y así son el documento vivo, sentimental e ideológico de su pueblo, gente y paisaje indígena enclavados en el corado museo de Colombia, allá en las liras montañosas del Cauca, al pie del Paramo de las Delicias y a orillas del río Piedemonte, que sigue arrullando sus sueños de libertad, de amor y tradición.

Con su ruana de antiguo obrero, su alado sombrero de paja y sus alforjas de cuero lo hemos encontrado en las anchas y variadas calles de Popayán, mirando pasar a los y las vanidades los comentarios de la prensa capitalina sobre su exposición. Era el momento oportuno para hablar con él de tantas cosas comunes, cosas de sueños y realidades, temas del espíritu y la comarca que la lleva prendida en su piel terrosa y brillante.

También los niños indios quieren un cuento.

—“Mirá, a mí no me interesan los comentarios sobre mis dibujos. Yo no soy dibujante, ni artista. Vos sabes que nunca lo he pretendido ser pero eso no me interesa. El indio lleva en sí un insospechado filón estético y a menudo una intuición espontánea



unos o impuestos otros; una legislación hecha desde las posiciones menos experimentales que se hayan visto; una incompreensión absoluta del verdadero sentido del trabajo a realizar en estos conglomerados y lo que es más grave una potestación estatal inoperante y acomodaticia. Pa realizar cualquier trabajo en este medio se necesita llegar muy hondo, hasta las raíces ciertas y plantar una labor. Como en cualquier estudio, en estos problemas de la Etnología existe una metodología, metodología humana y científica. Vos no podés, por ejemplo, ir a convencer a un indio de que en lugar de hojas ya curar una herida use desinfectantes modernos. El tiene la experiencia de generaciones y la creencia irreflexiva de la intervención extraterrena. Si vos le quitás de un solo golpe sus hojas, nunca llegará a hacer que use el desinfectante. Pero si le dejás sus hojas y además le hacés usar el desinfectante, un día usará sólo éste. La cuestión de saber cuál es la mejor manera de llegar hasta una persona que ya tiene experiencias sobre el trato y las palabras de los blancos. Y este es un ejemplo puesto al lado de los verdaderos problemas del indio. Vos recordás que en el Instituto se elaboró un diccionario sacrido del guambiano. Pues bien, ese trabajo sería negativo si sólo se hiciera del mirar a satisfacer una curiosidad, mirar o mirar de los

cuando podamos enseñarles en su propia lengua. Yo como maestro en mi pueblo así lo he experimentado. Tiene mucha importancia que sea un individuo de su propio pueblo y costumbres quien les eduque. El maestro blanco, por mucha voluntad de servicio que posea, tal siempre perjudica a los educandos debido a que se interese en una variedad espiritual y a un verdadero calificación sin salida donde ya no tiene los andares de su propio espíritu y mucho menos los del blanco. Con él se logra una absoluta adaptación y un afán por cosas que en su mentalidad hasta cierto punto rudimentaria, no puede asimilar ni incorporar a una vida real y activa. Tampoco se trata de conservar, en el sentido de museo, un conglomerado humano. En ellos existe un verdadero elemento progresista y vivo que puede llevarse a una transcultura, cuando y cuando ella se establece sobre bases de certezas humanas y éticas.

“Yo no sé dibujar”.

—En este campo no se puede admitir más improvisaciones, so pena de sobrevivir la realidad. Yo agradeceré la sinceridad con que se criticó mi muestra de dibujos, pero no puedo honradamente admitir que se tomen esos dibujos como...

Tumiá cuenta que él comenzó un día a dibujar y que Hernández, al darse cuenta, le pidió que le relatara lo que estaba dibujando; es decir, que fueron primero las imágenes y luego la historia hablada, como corresponde a una sociedad que piensa con cosas, es decir, con imágenes. Hernández lo relata así: “Tal vez en uno de los días de recuerdos de su amado rincón, sorprendimos a nuestro amigo indígena dibujando un aspecto de su tierra y gente, y ello nos reveló su arte espontáneo y tuvimos la idea de recoger aspectos del vivir de su grupo, transcritos por quien mejor podía hacerlo: un indio mismo.” (cit. por Barona, op. cit.: XLIV).

En carta del 8 de noviembre de 1949, Hernández da informe fiel de sus tratos con Tumiá al gringo John Howland Rowe, a quien cuenta: “Pasé octubre en Bogotá y llevé los dibujos de Tumiá (30 tenía ya) así como textos que escribí para cada uno de los dibujos... Les interesó extraordinariamente y luego escritores y artistas me forzaron a presentar exposición de los dibujos en la Galería de Arte... Decidiendo venderlos, se

vendieron todos en un momento y los compraron gentes importantes: embajadores de EE. UU.-Francia.-España. Escritores y artistas fueron los clientes. En Washington próximamente mostrarán en la Unión Panamericana 5 de ellos que adquirió una señora que dirige en Bogotá el colegio Americano. Al mismo tiempo conseguí simpatías para la escuela de Guambía donde ya tengo trabajando como director a Tumiñá y donde desarrollaré planes de verdadera Antropología Social, pequeños por los medios pocos con que se cuentan... En el plan Guambía, por ejemplo, ya con la escuela en nuestras manos, estoy consiguiendo nos entreguen la Escuela Vocacional de Silvia, que ha sido un fracaso, para dedicarla a vocacional indígena... El actual cabildo indígena molesta un poco pero preparamos que se elija a un gobernador más inteligente y progresista, para el próximo año” (Op. cit.: 159, subrayados míos).

El texto anterior muestra que Hernández de Alba no solo se apropió de los textos y dibujos de Tumiñá (por supuesto, el informe no aclara el destino final de los dineros que se recaudaron con la venta de los dibujos) sino, prácticamente del indio mismo. Por eso, no tiene reato en afirmar que él llevó los dibujos y que él decidió exponerlos y hasta venderlos. Pero también deja ver la manera como utiliza a Tumiñá como un instrumento para penetrar en Guambía; la frase “ya tengo trabajando como director [de la escuela] a Tumiñá y donde desarrollaré planes de verdadera Antropología Social” es de un descarado absoluto. Es claro que Hernández se considera dueño y señor, por eso afirma que “ya con la escuela en nuestras manos”, “estoy consiguiendo nos entreguen la Escuela Vocacional de Silvia”. Y desnuda por completo sus planes de dominio de nuevo colonizador cuando confiesa sin vergüenza que, como el cabildo indígena, que no es inteligente ni progresista, dificulta su trabajo, ya está preparando para que elijan para el año siguiente a un gobernador que le sirva. Por eso recalca a Rowe el “exitoso” conseguido con “nuestro indio”.

En la presentación de Namuy Misag en Bogotá, Hernández se refirió a Tumiñá contando que, con el propósito “del más exacto conocimiento” del pueblo Guambiano, “fue llevado a Popayán un joven indio, Francisco Tumiñá Pillimué, quien... aprendió a escribir su lenguaje bajo la dirección de John H. Rowe, tomando de este y de todos sus compañeros y profesores las maneras, usos e ideas de nuestra vida cultural, para ser avanzada a su regreso de un conjunto de hechos que llamamos progreso, más altos y complejos que el vivir cotidiano del indígena” (Op. cit.: 159-160, subrayados míos).

Dice Hernández en el documento 31: “A partir de Octubre regenta la escuela Rural de Pueblito – Guambía, el indio Francisco Tumiñá Pillimué, quien fue preparado por tres años en este Instituto. El éxito registrado en la labor docente y civilizadora de un indígena entre sus compañeros, es bastante halagador y muestra cómo labores de esta índole deben generalizarse en el país” (Op. cit.: 388, subrayado mío).

Es la repetición abierta y sin disimulos del discurso europeo de los siglos XVIII y XIX: “colonizar para civilizar”, que pretendía dotar de una fachada decente y altruista al colonialismo, pero adobado con la política que se estableció a mediados del siglo pasado de “civilizar para integrar”, que es la que Rowe y Hernández buscaban aplicar, no solo con Tumiñá a nivel personal, sino también y sobre todo con los guambianos en su conjunto, para lo cual “el indio Tumiñá” era solamente un agente de penetración.

El 24 de noviembre de 1950 fueron asesinados en Silvia dos guambianos, entre ellos Juan Antonio Valencia, de Pueblito, quien había sido gobernador en 1947. Hernández dice de él: “precisamente fue parte de la venida de Tumiñá en 1947 y estaba postulado para regir de nuevo a la parcialidad. Con él hubiéramos logrado mucho de bueno” (Op. cit.: 184, subrayado mío).

Tumiñá, citado por Barona (Op. cit.: LI), sostiene: “¿Por qué dicen los blancos que las historias de indio son mitos o leyendas? Ellos no saben que antes las cosas eran verdaderas personas; vivían y hablaban; lo mismo andaban por el cielo o el aire cielo, por la tierra o el agua. Pero en los nietos de *las* [gentes] viejas gentes que poblaron la América, aún se guarda el recuerdo y aún permanece la ciencia de que es realidad lo que los hombres niegan porque han perdido el antiguo poder de comprenderlo”.

Llanos y Romero refieren de modo diferente lo sucedido con Namuy Misag: (Op. cit.: 285); en forma piadosa y hasta reverente con el “pionero” anotan: “La obra *Namuy Misag* es el resultado de un trabajo de transcripción de relatos orales, propios del pueblo de Guambía, llevado a cabo por Francisco Tumiñá Pillimué, bajo la dirección científica de Gregorio Hernández de Alba. Esto significa que se realizó una traducción al español de dichas narraciones en lengua guambiana en un momento histórico en el que John Rowe, investigador norteamericano, recopiló un vocabulario con el fin de iniciar el proceso de escritura de la lengua aborigen. Los títulos de los

relatos interpretados literariamente y publicados por Hernández de Alba en 1949 son bilingües”.

Termino con dos de los dibujos de Tumiñá, que hacen parte del libro Namuy Misag:



Lámina 55: Mujer al pie del borrachero (Isug yas gyeta) (Llanos y Romero, op. cit.: 174)

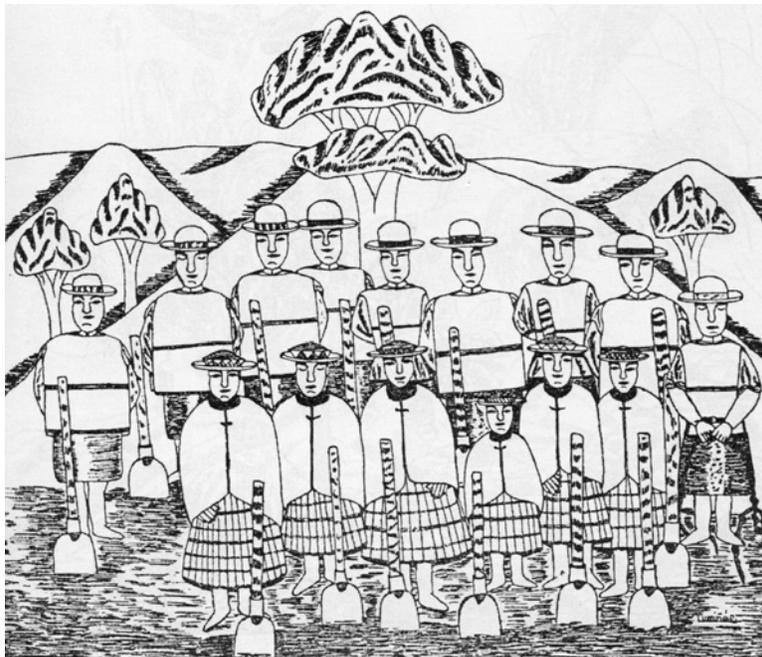


Lámina 56: La Minga (Alig) (Llanos Romero, op. cit.: 173)